



## LA RECONQUISTA

Me parece que cinco siglos son ya demasiados siglos para que los sesudos varones de nuestro tiempo vengan a descubrir que aquella larga guerra de más de setecientos años, que iniciara Don Pelayo en Asturias y acabara Don Fernando en Granada no fuera realmente una reconquista, sino una simple conquista llevada a cabo por la fuerza de las armas frente a los sorprendidos e indefensos musulmanes. Casi una usurpación de soberanía como empiezan a apuntar ya algunos adelantados tachando poco menos que de imperialistas yanquis a los reyes cristianos del medioevo. Aún dispuesto a admitirlo, no me cuesta creer que el Islam se instaló en Iberia con más creencias que espadas, aunque también las utilizarán; pero sí que los asturianos refugiados en Covadonga se amotinaron contra el poder legítimo confabulado en los agrestes picachos de la serranía en lugar de esconderse y hacerse fuertes allí para salvar sus propias vidas perdiendo sus haciendas; que, después de aquello y según se desprende de la lectura de la Historia, resulta que no hubo tantas batallas ni fueron tan sangrientas las victorias castellanas como lo fueron otras muchas batallas y otras muchas

victorias de otros muchos reinos durante el mismo período secular; que hubo más negociaciones que escaramuzas y también más fe que espada en los vencedores frente a una fuerza decadente y desmoralizada que ya daría ocasión a Díaz de Vivar para decir a sus cautivos: "A mí me respetan mis guerreros porque no me retiro a beber y a jugar con mujeres como hacen vuesos señores"; y que la contraescalada que culminaría con las justas lágrimas de Boabdil en las estribaciones de la Sierra no se cerró precisamente con una acción violenta sino con unas capitulaciones ejemplares que, con independencia de que años después se respetaran o no, fueron y siguen siendo ejemplares sin que cinco siglos de civilización hayan servido para mejorarlas en ninguna cancillería contemporánea de las muchas afectadas por delirantes ráfagas de odio y de muerte en nuestros días.

Al final fueron sólo unas capitulaciones que los primeros ocupantes musulmanes, siglos atrás, no habían tenido la cortesía de suscribir con su nuevo pueblo ibérico.

Claro que tal vez estén dispuestos a hacerlo ahora los reivindicativos herederos de Boabdil. Al me-

nos mientras no salga alguna reclamación de los descendientes de Recaredo cuyos derechos pueden tener todavía más solera.

Fuí testigo la pasada semana en Salobreña de una singular ceremonia bañada por evidentes alegrías. Un respetable grupo de señores que sólo unos minutos antes eran todavía disidentes, o tal vez disididos, del partido político al uso se tendían la mano primero y se abrazaban después con signos casi brillantes de reconciliación. No había, como podría tal vez esperarse, gestos expresivos de contrito arrepentimiento ni tampoco caras paternalistas de generoso perdón. Sólo eso, una alegría bien programada de la que participaban a dos bandas los que, a partir de ese momento, sólo volvían a ser una. Todo un rito desposeído a propósito de rigurosas solemnidades ceremoniales pero cargado de añejos sabores y de nuevas frescuras.

Debe suponerse que todos los demás ya se habrían tratado antes, a puerta cerrada, en el toma y daca de las conversaciones que en verdad parece como si nunca se habían interrumpido pero que oficialmente se habían venido tejiendo desde el pasado verano propiciadas

seguramente al amparo del vinillo de la Costa y de ese portentoso "pescaíto frito" que me consta tiene en Salobreña mágicos poderes de convocatoria y de pacificación.

Atrás debieron quedar selladas por la palabra recias promesas de adhesión inquebrantables, de respeto a las posiciones conseguidas, de obediente sumisión a la democrática orden del voto provincial, de retomar juntos viejas banderas y hasta de jurar odio eterno a Roma y a Cartago juntos si se hubiera presentado. Todo lo que todos creyeran necesario para llenar ese "vacío" político de siete años como se dió en Ilamar durante el recibimiento, a pesar de que los salobreños lo habían abrazado por aplastante mayoría en dos municipales consecutivas.

No habrá problemas, según se afirmó allí. A fin de cuentas todo debió llegar previsto a la hora de formalizar la capitulación. Lo que ahora despierta mi curiosidad es saber cómo llamarán a esto los sesudos varones de nuestra historia actual: "¿Toma?", "¿Entrega?", "¿Reconquista?", "¿Conquista?" tal vez... ¿O habrá que esperar otros cinco siglos para que lo descubran?